

La Escuela Católica y el Tipo de Cristiano que debe Formar

Enrique Salman Sajuria
Secretario Ejecutivo DEC-CELAM

1. Precisando el Tema Objeto de este Estudio

No se trata de tipificar al cristiano que debe formar la escuela católica, como si las necesidades de los tiempos nos exigieran un resultado "standard". El hombre jamás puede ser mediatizado, por más nobles que fueren los objetivos perseguidos. Cada hombre es creado por Dios en forma original e irrepetible, demostrándonos así la dignidad a la que está llamado y el amor que Dios le profesa.

El tema tiene por objeto recordarnos la visión del hombre que la educación, dentro de ella la escuela y en particular la escuela católica —como agencia de muy específicos rasgos dentro del concierto del quehacer formativo— debe tener presente en su misión y tarea.

Esa visión no es abstracta. Debe presentarnos al hombre en su realidad existencial, pues, en parte, él se educa y crece en la medida en que responda adecuadamente a una relación con su entorno.

Ahora bien, Dios ha revelado lo que es el hombre. Lo hizo ayer por intermedio de Cristo, el Logos hecho hombre, y lo hace hoy también a través de los "signos de los tiempos", donde descubrimos entre sus esperanzas y angustias, aquellos aspectos de la vida del hombre que más debemos valorar y apoyar para que crezca en identidad de persona a la vez trascendente e inserta en la realidad.

Queremos que en nuestras escuelas católicas —por su doble compromiso, por ser escuelas y por ser católicas— se tenga una visión clara sobre lo que es el hombre llamado a vivir concretamente una vocación específica y cuyo crecimiento en humanidad es la razón de ser de la educación.

La actual tendencia eficientista nos puede hacer olvidar lo que debe ser inolvidable en la educación: el hombre, en su ser y destino. En su lugar, es posible que pongamos como centro de interés la excelencia académica o la preparación para el ingreso a estudios superiores, abordando así sólo algunos aspectos del problema educativo y perdiendo la perspectiva de lo que es su centro y ha de ser su culminación: el hombre, llamado a vivir también más plenamente como tal al vivir su vocación cristiana.

El documento sobre la Escuela Católica, de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, refiriéndose a algunos cargos que se hacen a aquella, dice: "Se le achaca incapacidad en la tarea de formar cristianos

convencidos, coherentes, preparados en el campo social y político"¹. Este estudio pretende colaborar modestamente al esfuerzo que hoy muchos sostienen para hacer de nuestras escuelas católicas centros de formación de hombres en cuya formación no sólo se haya cuidado de aquello que es perenne, sino también, a su luz, de aquellos aspectos de su crecimiento que los signos de los tiempos mueven a enfatizar más.

Puebla enfatizó el llamado a la Escuela Católica de formar cristianos auténticos con todas las demás exigencias que de esto se derivan para responder a la tarea que los cristianos tenemos en América Latina².

2. Aporte del Vaticano II a la Educación

La misión y tarea educativa de la escuela católica deben, necesariamente, enfocarse dentro del renovado contexto que la Iglesia plantea para la educación a partir del Concilio Vaticano II.

Nos referimos, como el Concilio, a la educación cristiana, que se especifica por tener como centro una visión sobre el hombre, la que nos trajo el Evangelio. Debemos lamentar el error que a veces se comete al identificar educación con escuela y, más marcadamente aún, educación cristiana con escuelas católicas, en circunstancias que también se debe procurar la educación cristiana en escuelas que no son de la Iglesia. De dicha manera, se subestima la educación como un valor humano abierto al Evangelio y sufre un deterioro la misma educación católica, a la vez que se limita la atención pastoral de la Iglesia en el campo educacional a sus solas escuelas.

En el Concilio, la nota introductiva del texto presentado para el debate de la III sesión decía: "Puesto que la mayor parte de los jóvenes no se forman en las escuelas católicas, ha parecido oportuno cambiar el anterior título "De scholis catholicis" por el nuevo "De educatione christiana", para que se abarcaran todas las escuelas —católicas y no católicas— ni se descuidaran los otros medios de educación, si bien entre todos ellos la escuela conserva una importancia peculiar".

Con todo, la originalidad del aporte teológico-pastoral del Concilio en orden a la educación no debemos buscarla sólo en la Declaración "Gravissimum Educationis Momentum". La encontraremos también, y sobre todo, en las cuatro grandes Declaraciones Conciliares, en especial en "Lumen Gentium" y "Gaudium et Spes". A la luz de estos documentos debemos leer la Declaración sobre la educación cristiana de la juventud.

Las grandes líneas pertinentes al tema que nos preocupa, podríamos resumirlas expresando lo siguiente:

2.1. Un nuevo sentido de la Iglesia por la especial valoración de su característica de "sacramento" y "Pueblo de Dios" que peregrina en la historia. Como "sacramento", vale decir, como signo e instrumento de la presencia salvadora de Dios en la historia, es la gran interpelación al hombre contemporáneo, a quien no bastan las razones metafísicas de la

¹ Escuela Católica 22.

² Cf. DP. 1032.

existencia de Dios. Esta característica de ser sacramento, la Iglesia la realiza a través de una triple actividad: "profética", "litúrgica" y "real". En cuanto Comunidad o Pueblo de Dios que peregrina, la Iglesia se presenta como encarnada en las realidades humanas, comprensiva de la humanidad en su devenir, lo que exige de ella una perenne revisión.

Es claro que la misión de la Iglesia va más allá de la escuela; como parte integrante de ella asume la educación, cualesquiera sean su forma o los medios de los que se vale, no obstante ser la escuela uno de los principales medios y la Escuela Católica, un lugar privilegiado, condicionado por cierto a que se tengan los medios y se cuente con personal evangelizador y formador.

Esta nueva visión de Iglesia significa también para la educación católica un desafío en cuanto está llamada a formar cristianos que integren la Iglesia como sacramento vivo que es del amor salvador de Dios en la historia.

La visión que Puebla entrega sobre la Iglesia reafirma lo dicho en el Vaticano II y lo proyecta y amplía para Latinoamérica.

Es imperioso formar cristianos con sentido de Iglesia, pues allí aprenderán a vivir la fe en su proyección social y evangelizarán mediante el testimonio global de su vida compartida con los demás como Iglesia³.

2.2. Reconocimiento de la justa autonomía de la realidad terrena, "pues por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado que el hombre debe respetar"⁴. Esto implica una nueva concepción de la relación entre lo escatológico y lo temporal. La escatología de la Iglesia es trascendencia inmanente en la historia: "Los cristianos, peregrinando hacia la ciudad celeste, deben buscar y gustar las cosas de arriba; lo cual en nada disminuye la importancia de la obligación que les incumbe de trabajar con todos los hombres en la construcción de un mundo más humano"⁵. "En la Iglesia por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, en tanto que con la esperanza de los bienes futuros, llevamos a cabo la obra que el Padre nos ha confiado en el mundo y labramos nuestra salvación"⁶. El Reino de Dios pasa por las realizaciones históricas, pero no se agota ni se identifica con ellas. Tampoco su crecimiento se confunde con el progreso terrestre, a pesar de tener una dimensión temporal.

Esta relación entre escatología e historia es un elemento clave en la identidad de un cristiano: ciudadano del mundo y, a la vez, peregrino. Vive en la historia y, a la vez, vive la trascendencia. Un nuevo desafío para la educación cristiana en la Escuela Católica: formar al hombre capaz de vivir el compromiso en la historia, asumido desde una perspectiva de trascendencia, o desde la fe, y a la vez, sea capaz de vivir la caridad, la oración y la vida sacramental como continuación de los compromisos asumidos en el mundo diariamente. Formar a este hombre que

³ Cf. D.P. 272, 273 y 274.

⁴ G.S. 36.

⁵ G.S. 36.

⁶ G.S. 48.

debe vivir en una unidad profunda su vida temporal en el misterio de Dios, sin dualismos ni dicotomías, antes bien, respetando al mundo como obra de Dios, en que resplandece su gloria. Aún etimológicamente lo profano es lo que ródea a lo sagrado, no lo que se opone, y debe evitarse una falsa oposición.

Puebla nos presenta al hombre cuya identidad descubierta en el misterio de Cristo, vive en una tensión entre lo temporal y escatológico.

La libertad, lograda por la liberación integral que nos da Cristo⁷ para tener vida y en abundancia como hijos de Dios y coherederos con el mismo Cristo⁸, es don por el cual se encuentra consigo mismo, con los demás y con Dios⁹; es también tarea que en el mundo material de la naturaleza y de la técnica el hombre debe lograr la realización de su dignidad sometiendo el mundo a través del trabajo; de la sabiduría y de su humanización de acuerdo al designio del Creador¹⁰. Así, al mismo tiempo, entra en relación con los demás con quienes comparte la anterior tarea. Podrá el hombre entrar así a estos dos planos viviendo la comunión y participación, siempre que logre en el plano trascendente entrar en comunión con Dios por la aceptación filial¹¹.

2.3. Toma de conciencia de un nuevo humanismo que nace. "Cada día es mayor el número de los hombres y mujeres, de todo grupo o nación, que tienen conciencia de que son ellos los autores y promotores de la cultura de su comunidad. En todo el mundo crece más y más el sentido de la autonomía y al mismo tiempo de la responsabilidad, lo cual tiene enorme importancia para la madurez espiritual y moral del género humano. Esto se ve más claro si fijamos la mirada en la unificación del mundo y en la tarea que se nos impone de edificar un mundo mejor en la verdad y en la justicia. De esta manera somos testigos de que está naciendo un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia"¹².

En este nuevo humanismo el hombre es consciente de que él es autor de la cultura y que está enfrentado a una tarea hacia la cual abrigan esperanzas y, al mismo tiempo, nota con ansiedad múltiples antinomias existentes en la compleja realidad cultural que vive. La Iglesia, misionera de la Buena Nueva sobre el hombre, siente el desafío de responder a este humanismo, que corre el riesgo de reducir su realidad a un puro antropocentrismo, ahogando en él las grandes esperanzas de trascendencias propias del hombre.

Este humanismo que nace es, sin lugar a dudas, uno de los grandes signos de este tiempo por el cual Dios nos habla y nos interpela para que nos pongamos al servicio del hombre, como personaje central que es de la creación y de la Redención. Es de toda evidencia que la Iglesia debe

⁷ Cf. D.P. 321.

⁸ Rom. 8, 17.

⁹ Cf. D.P. 324.

¹⁰ Cf. D.P. 323.

¹¹ Cf. D.P. 326.

¹² G.S. 55.

considerar la educación como uno de los campos más propicios para comunicar esta Buena Nueva sobre el hombre, ya que toda educación tiene como centro una visión sobre el hombre y como objetivo ayudar a este hombre a crecer en humanidad para "ser más".

Hasta aquí, algunos elementos del Vaticano II que iluminan el tema propuesto y que han sido profundizados y ampliados en documentos Pontificios y Episcopales, como lo veremos más adelante.

Puebla especifica al nuevo humanismo, expresando: "El nuevo humanismo proclamado por la Iglesia, que rechaza toda idolatría, permitirá al hombre moderno hallarse a sí mismo, asumiendo los valores del amor, de la amistad, de la oración y de la contemplación. Así podrá realizar en toda su plenitud el verdadero desarrollo, que es el paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas"¹³. De este modo se planificará la economía al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía¹⁴, como sucede en las dos formas de idolatría, la capitalista y la colectivista. Será la única manera de que el "tener" no ahogue al "ser"¹⁵.

3. El Proyecto Educativo de la Escuela Católica

Toda escuela ha de definirse por un proyecto educativo. A su vez, el proyecto educativo está centrado en una determinada visión sobre el hombre y la realidad.

La Declaración Conciliar, en el párrafo 8, después de tratar sobre la educación, la educación cristiana y la escuela, en general, se refiere a la Escuela Católica. "Esta persigue, en no menor grado que las demás escuelas, los fines culturales y la formación humana de la juventud. Su nota distintiva es crear un ambiente de la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar, finalmente, toda la cultura humana según el mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre"¹⁶.

El Documento "La Escuela Católica" de la Sagrada Congregación, refiriéndose a lo específico de la Escuela Católica, dice: "Después de haber tratado de definir la escuela católica a partir de la noción de escuela, es posible ahora concentrar la atención en aquello que la especifica como católica. Lo que la define en este sentido es su referencia a la concepción cristiana de la realidad. Jesucristo es el centro de tal concepción"¹⁷.

"En el proyecto educativo de la escuela católica Cristo es el fundamento: El revela y promueve el sentido nuevo de la existencia y la transforma capacitando al hombre a vivir de manera divina, es decir, a

¹³ P.P. 20.

¹⁴ Cf. P.P. 34.

¹⁵ Cf. G.S. 35 y D.P. 497.

¹⁶ G.E.M.

¹⁷ Escuela Católica 33.

pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida. Precisamente por la referencia explícita, y compartida por todos los miembros de la comunidad escolar, a la visión cristiana —aunque sea en grado diverso— es por lo que la escuela es 'católica', porque los principios evangélicos se convierten para ella en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo metas finales"¹⁸.

"La escuela católica asume como misión específica —y con mayor razón hoy frente a las deficiencias de la familia y de la sociedad en este campo— la formación integral de la personalidad cristiana. Para lograr la síntesis entre fe y vida en la persona del alumno, la Iglesia sabe que el hombre necesita ser formado en un proceso de continua conversión para que llegue a ser aquello que Dios quiere que sea. Ella enseña a los jóvenes a dialogar con Dios en las diversas situaciones de su vida personal. Los estimula a superar el individualismo y a descubrir, a la luz de la fe, que están llamados a vivir, de una manera responsable, una vocación específica en un contexto de solidaridad con los demás hombres. La trama misma de la humana existencia los invita, en cuanto cristianos, a comprometerse en el servicio de Dios en favor de los propios hermanos y a transformar el mundo para que venga a ser una digna morada de hombres"¹⁹.

Estos textos nos hacen pensar que la Escuela Católica procura la formación de la madurez de la persona del educando y al mismo tiempo, engarzadas ambas cosas, la "educación cristiana", "que busca, sobre todo, que los bautizados se hagan más conscientes cada día del don recibido de la fe, mientras se inician gradualmente en el conocimiento del misterio de la salvación"²⁰.

Podemos deducir que el término educación está tomado en sentido analógico: significa el empeño humano de ayudar a otros a crecer y madurar en su vida personal, y también puede aplicarse a la acción de la Iglesia destinada a hacer crecer a la persona en cuanto cristiano. La Escuela Católica se constituye por el encuentro convergente de una actividad cultural como es la de educar con una actividad eclesial destinada a evangelizar en la fe.

Puebla, después de tratar sobre educación evangelizadora, como derivación consecuente a nuestra identidad cultural, se centra en la educación católica señalando los criterios que la especifican. Declara en primer término, que ella pertenece a la misión evangelizadora de la Iglesia y debe anunciar explícitamente a Cristo. Que debe considerar la situación histórica en que se encuentra el hombre latinoamericano, de rupturas individuales y sociales y desafíos que debe enfrentar para vivir en coherencia las exigencias del Evangelio.

Por último, indica la necesidad de lograr agentes para el cambio mediante una formación cívica y política inspirada en la enseñanza social de la Iglesia.

¹⁸ Escuela Católica 34.

¹⁹ Escuela Católica 35.

²⁰ G.S. 2.

*Estos tres criterios, el primero que se refiere a Cristo, explícitamente proclamado y ubicado en el centro de la escuela; el segundo al hombre que como educando, debe considerársele como condicionado en su existencia por su entorno socio-cultural y el tercero, que se refiere a la educación directamente, deben ser considerados en todo proyecto de escuela católica en América Latina*²¹.

Concluiremos expresando que el proyecto educativo de la Escuela Católica apunta a formar al hombre cristianamente, objetivo éste que pretende lograr por una referencia explícita a Cristo, que no sólo da una nueva visión sino, además, una nueva vida.

4. El Hombre como Proyecto de la Educación Cristiana, Algunos Aspectos Relevantes

Con los antecedentes expuestos en los párrafos anteriores, podemos iniciar una reflexión en torno al tema que nos preocupa.

La formación de un cristiano es obra de la gracia, fruto de la acción del Espíritu de Dios, que, hasta tal extremo respeta al hombre en su libertad, que ha resuelto condicionarse a ella para salvarlo. No obstante, los educadores debemos tener presente una clara idea de lo que debe ser un hombre formado cristianamente y los desafíos a los que está sometido por el contexto socio-cultural en el cual vive. De este modo ayudaremos a nuestros educandos a descubrir su propia identidad, a adquirir una visión profunda y entusiasmadora sobre la vida que signifique una razón de vivir con alegría y esperanza.

A continuación iremos desarrollando algunos elementos más relevantes del tipo de cristiano que la Escuela Católica debe formar.

4.1. *Un hombre que, al optar por Cristo, ha descubierto su propia identidad.*

Es obvio que lo que especifica al Cristiano es Cristo, quien se constituye como eje central en la vida del hombre, dándole sentido a su existencia.

Hay un interrogante que puede aflorar en cualquier edad del hombre; es el sentido de su existencia. O también, ¿cómo resolver el absurdo de una existencia sin sentido? Nos parece indispensable, para educar, o mejor, para ayudar al educando a educarse, el que él descubra su propia identidad, que se conozca a sí mismo. Provocar esta inquietud en torno a su vida y a la muerte; en torno a lo que busca y a lo que sólo encuentra. En torno al bien y al mal, a las rupturas y al amor, a las cosas que busca más allá de las cosas: la Trascendencia.

Intentar conocerse a sí mismo aunque no lo logre, es un necesario primer paso para educarse o crecer como persona. Inquietud ésta que, en formas distintas, según las edades o el sexo, entran en la estructura personal.

“El misterio del hombre sólo se esclarece en la misterio del Verbo

²¹ Cf. D.P. 1081, 1033.

encarnado"²². En él, Cristo manifiesta el misterio de que Dios es Padre. Nos revela el Amor Subsistente que nos hace hijos de Dios incorporándonos a Cristo, Hijo de Dios y hombre perfecto. El Evangelio no sólo nos trae una verdad sobre Jesucristo, sino también, sobre el hombre. El hombre, ser-racional, no podrá ser plenamente hombre sin Cristo. Este es el tipo de cristiano que debemos esperar de la Escuela Católica: un hombre convertido o que vive el proceso de conversión.

El tiene conciencia de que Cristo libera su libertad de los ídolos, para ponerla al servicio del amor. Sabe que la liberación es un proceso dinámico que, en relación con el amor, constituye una dialéctica: en la medida en que más se libera, más ama; en la medida en que más ama, más se libera.

También sabe que la libertad es un don y está condicionada a una tarea: consigue la libertad en la medida en que va contribuyendo a la comunión y participación en los tres planos —íntimamente ligados entre sí— en que el hombre vive: con Dios, con los demás y con la naturaleza.

De la identidad ontológica del cristiano se deduce la necesidad de su servicio a los demás. De este modo, su fe debe proyectarse en la historia. Para ello, esperamos que tenga una visión muy profunda del Misterio y de su vida inserta en el Misterio.

Puebla relaciona la identidad del hombre a la realidad del misterio de Cristo; su dignidad y humanización a la vinculación a El, por cuya muerte y resurrección, logra una nueva vida.

En Cristo y en María deben revalorizarse los grandes rasgos del hombre y de la mujer en América Latina; figuras concretas que muestran cómo se ha de vivir la vida de hijos de Dios y a la vez, hermanos de los hombres, siempre disponibles a la acción del Espíritu que en la historia va llevando a los hombres y al universo hacia su culminación en Cristo, Palabra del Padre²³.

4.2. *Un hombre que vive la trascendencia en la inmanencia de la historia.*

En virtud de la fe y de su encuentro personal con Cristo, el cristiano vive la trascendencia, y en ella siente la verdadera libertad de los hijos de Dios. Al mismo tiempo, vive la historia construyendo la sociedad, solidario con sus hermanos los hombres y asumiendo su dolor y su esperanza.

En esta dimensión, se considera continuador de un pasado que asume el presente en forma crítica desde el Evangelio, en vista del futuro.

La historia, para él, debe ser producto de una alianza de Dios con los hombres. En ella, Dios es la causa primera, pero su acción busca pasar por la libertad de los hombres. Así actuó Cristo: pendiente del plan de su Padre, procuraba en cada momento su realización, sabiendo que la liberación de los hombres —deseada por el Padre— necesitaba de su vida; que debería morir para resucitar, y convertir esta resurrección en fuerza transformadora de la humanidad.

El cristiano debe, pues, vivir la historia conforme a la Providencia

²² Iglesia en el mundo, 22.

²³ Cf. D.P. 330-334.

Por tanto, su criterio no puede ser la medición de logros, sino el “sintonizar fiel y rigurosamente con el querer del Padre”²⁴. Esta “docilidad filial”²⁵ le hará comprender que nada se pierde del esfuerzo que se hace —aunque así pudiera parecer en la óptica del inmediatismo o del eficientismo— si estamos encaminándolo a la construcción del Reino de Dios en la historia. Es el Señor quien pone o no, según su Voluntad, el incremento. Nuestra responsabilidad, más que alcanzar metas, es abrir caminos “para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino”²⁶.

La Escuela Católica procura formar hombres que vivan su fe encarnada en la historia, “hombres capaces de hacer historia”²⁷, evitando el quietismo de quienes todo lo esperan de lo Alto como también el angustiado frenesí de quienes, actuando sólo a un nivel humano, se sienten protagonistas de una historia de la que Dios está ausente. En síntesis, hombres que actúen en la historia, como Cristo, con una actitud “a la vez, de total confianza y de máxima corresponsabilidad y compromiso”²⁸.

Esa formación ha de partir de una toma de conciencia de la realidad, juzgándola a la luz de los principios cristianos de justicia y fraternidad, para culminar en una praxis de la comunidad escolar que se distinga por la entrega libre y generosa en bien de los demás.

4.3. *Un hombre que vive a Cristo de tal manera, que logra, en El y por El, la síntesis entre fe y cultura.*

Pablo VI, en su Exhortación Apostólica “*Avangelii Nuntiandi*”, calificó como el drama de nuestros tiempos la ruptura entre Evangelio y Cultura.

Uno de los elementos más novedosos de Puebla es justamente la relación que hace entre fe y cultura, analizándola desde una perspectiva histórica²⁹.

Concebimos la cultura como el elemento globalizante y totalizador de la realidad que el hombre crea para vivir su triple relación y realizarse como hombre: su relación con los demás, con la naturaleza y con Dios. Cristo se constituye como el elemento de continuidad entre la creación y la Redención. —El “logos”, el “Verbo” o Palabra del Padre fue creadora en cuanto que todo se hizo según El. Este Verbo encarnado se llama Jesucristo, quien redime y recapitula todo en El como Centro de esta nueva creación—. Así lo ve este cristiano.

Con respecto a la educación, ella debe convertirse en una instancia crítica y renovadora de las realidades culturales en América Latina³⁰.

Sin embargo, la ruptura a la que alude Pablo VI la presenciamos a veces en nuestros propios colegios cuando entregamos conocimientos cien-

²⁴ D.P. 277.

²⁵ D.P. 277.

²⁶ D.P. 274.

²⁷ D.P. 274.

²⁸ D.P. 276.

²⁹ Cf. D.P. 386-409.

³⁰ Cf. D.P. 1027-1028.

tíficos o analizamos la realidad que vivimos sin que los iluminemos con la verdad sobre Cristo y sobre el hombre que nos trajo el Evangelio.

Frente a este serio riesgo, el documento "La Escuela Católica" señala la necesidad de "enriquecer e iluminar el saber humano con los datos de la fe"³¹, con lo que subraya la cultura como uno de los campos prioritarios de evangelización, dada su proximidad a la persona.

Aun cuando éste no es objeto específico de este estudio, por su importancia insinuaremos, sin extendernos considerablemente, algunas pistas conducentes a la realización de lo indicado por el documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica:

a) los estudiantes, más que un cúmulo de conocimientos, requieren para su formación una visión de globalidad del saber, es decir, aquella "sabiduría" de la que Santo Tomás decía que es "principio de ordenación de todo conocimiento, introduce en una comprensión de la totalidad del ser por las causas supremas y, por tanto, ayuda a obrar en forma ordenada";

b) el enfoque de las diversas asignaturas o disciplinas a través del programa escolar ha de conducir, en la Escuela Católica, a mostrar que son otras tantas maneras de acercarse a la verdad, las que deben converger hacia una integración en vista a una cosmovisión centrada en el Verbo. Se convertirán, así, en caminos de más plena formación humana y de apertura a la trascendencia;

c) a través de las asignaturas, habrá de procurarse la relación o referencia de sus contenidos a las tres etapas del hombre en su dimensión histórica según nos muestra la Biblia: mostrando el orden y la belleza de la creación, el desorden introducido por la ruptura y el consecuente dolor humano, iluminando su potencialidad de servir al hombre en una perspectiva de redención. El Evangelio fluirá siempre como el gran aporte para los cambios que requiere el mundo, los que sólo son posibles a partir de la conversión personal;

d) al lograr la unidad entre fe y cultura, la Escuela Católica ayudará a ser capaz de discernir los valores culturales de los antivalores. Lo cultural es un concepto dinámico y crítico. Es decir, indica un proceso en que en el presente se re-crea el patrimonio cultural del pasado y se proyecta hacia el futuro con el fin de que sea interiorizado por las nuevas generaciones. El cristiano, desde el Evangelio que le habla del hombre, debe ser capaz de discernir los valores de los antivalores y de re-crear valores teniendo al hombre según el Evangelio como el parámetro de estos valores. La fe le ayudará por una parte a no absolutizar ningún valor temporal, y por otra, a dar sentido y animación a los valores temporales.

e) difícilmente ello aparecerá con sentido vital ante los ojos del educando si la Escuela Católica no hace referencia a las realidades culturales que éste trae consigo desde su ambiente. Educar implica, etimológicamente, ayudar a crecer a partir de lo que se tiene, y, en tal sentido, atenerse a un programa de estudios más que asumir un mundo cultural, fácilmente llevará a prescindir de la vida concreta de los educandos, a

³¹ Escuela Católica, 40.

perder su interés y, en definitiva, a no hacer verdadera educación. La capacidad de discernir valores y antivalores a la luz del Evangelio se probará y potenciará primeramente en relación con el propio contexto. Sólo entonces la educación podrá, en un marco más amplio, contribuir a formar al hombre con la fuerza de una instancia crítica y creadora de los valores culturales.

4.4. *Un hombre que busca la síntesis de fe y vida.*

La disociación que suele darse entre fe y vida es consecuencia de no vivir la fe en su auténtico y profundo sentido.

Recordemos un momento lo que es la fe. La fe es una respuesta a la Palabra de Dios. Debemos entender la Palabra de Dios en su sentido bíblico, concepto que al ser traducido al lenguaje helénico sufrió una modificación en su significado. En lenguaje hebraico, la palabra, más que indicar una información de cómo son las cosas (o sea, entregar una teoría o una explicación), es interpelante de otra persona. La Palabra de Dios espera, por tanto, respuesta, y esa respuesta implica entrega personal amorosa y libre de parte del que ha sido interpelado³².

En consecuencia, la fe involucra una praxis consecuente con ella. Quien tiene fe, ama, y quien ama cumple.

La Escuela Católica ha de formar un cristiano que tenga de Cristo un conocimiento no al modo de un "estudioso en cristología", sino el conocimiento amoroso de quien lo sigue. Sin despreciar el valor de lo intelectual, rescatemos el sentido de intimidad y no de mera ilustración que el conocer tenía originariamente en la acepción bíblica³³.

Ahora bien, ¿quién ama a Dios? La respuesta bíblica es "quien ama al hermano". La conciencia moral debe estar iluminada y animada por la fe, vale decir, fundada en Cristo. Esta idea se inserta en el marco doctrinal de San Pablo sobre la Ley y Cristo (caps. VII y VIII de la Epístola a los Romanos).

Esperamos cristianos que, desde Cristo y viviéndolo a El, procedan en su conciencia moral en el plano económico, político, social, en una palabra, en todos los ámbitos de su actuar.

El Vaticano II afirmó en el documento "Iglesia en el Mundo" que "el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" Cristo ilumina el sentido de nuestra existencia y además, es fuente de liberación y crecimiento en la vida hasta la plenitud. Puebla explica que "la aceptación y el seguimiento de Jesucristo nos abren a las certidumbres más confortantes y a las exigencias más apremiantes de la dignidad humana, ya que ésta radica en la gratuita vocación a la vida que el Padre Celestial va haciendo oír de modo nuevo, a través de los combates y las esperanzas de la historia"³⁴. Reafirma Puebla esta vocación del hombre a la vida en Cristo y siguiéndolo a El en los diversos acontecimientos de la historia humana, en los números 330 al 338, entre otros.

Es frecuente ver que se centra a veces el esfuerzo de formación en

³² Cf. Diccionario Bíblico León - Dufour: Palabra de Dios.

³³ Cf. Diccionario Bíblico León - Dufour: Conocer.

³⁴ D.P. 319.

el análisis de los valores éticos como ser, el respeto al prójimo, la solidaridad responsable, la creatividad, la interioridad, la justicia, etc. en desmedro de la presentación de la persona de Cristo, donde descubriendo el sentido de la persona humana, encontramos en Él el parámetro y la fuente de los valores.

La Escuela Católica debería interesar a sus educandos en el conocimiento de la realidad y de sus problemas, en su interpelación objetiva a la luz del Evangelio, evitando toda ideologización, y, consecuentemente, en su compromiso personal con la transformación de esa realidad.

Para motivar y encauzar tal interés, conviene que la Escuela conozca de qué sectores provienen sus educandos y qué vivencias tienen. Unos mismos valores serán captados y vividos con modalidades diferentes por quienes comparten el mundo de los independientes o de los dirigentes sociales, que por quienes sufren la injusticia; por quienes tienen expectativas de acción empresarial que por quienes serán subordinados en el campo laboral. En todos, sin embargo, ha de ser posible una vida consecuente con la fe y puesta al servicio de los hermanos.

Un individualismo egoísta, incluso de quienes muchas veces dicen tener fe, ha generado estructuras económicas, políticas y sociales que producen pobreza e injustas desigualdades dentro de una misma sociedad o en la relación de unos países y otros.

La síntesis entre fe y vida no es real sin una conversión personal y cambios estructurales profundos hacia una verdadera justicia social.

Para los cristianos que vivan en el mundo, es exigencia inherente a la fe, la formación y el compromiso político.

Ciertamente, no corresponde a ninguna escuela la acción política, pero sí formar criterios en materia social y política. La Escuela Católica presentará la enseñanza social de la Iglesia. Complementada con los contenidos de las ciencias sociales podrá formar criterios para que el educando, en una opción personal oportuna de acuerdo con su responsabilidad cívica, pueda asumir ideologías políticas y, consciente de las limitaciones de éstas, pueda relativizarlas y criticarlas³⁵.

Educar para la vida política es, también, educar para el diálogo, condición fundamental para convivir en un mundo pluralista. Educar para el diálogo es hacer que prevalezca más fácilmente la razón sobre las pasiones, el hombre, sobre las ideologías, el interés del bien común sobre el interés personal o partidista.

La Escuela Católica está llamada a formar hombres comprometidos en la gestación de la nueva sociedad basada en la "civilización del amor". Y, con la mirada puesta en el Reino, dispuestos a vivir la Pascua de Cristo como fuerza generadora de esperanza en la historia. En la medida en que forma hombres forjadores de historia, ella se constituye en factor de cambio y en real fuerza de fraternización, de construcción de la justicia y de la paz en el mundo.

³⁵ Cf. D.P. 539 y 1239.

4.5. *Un cristiano que se siente Iglesia y la vive encarnada en el mundo.*

Tiene conciencia de lo que es la Iglesia, como Misterio de Comunión cuyo centro es Cristo; que debe testimoniarla como sacramento de la acción salvadora de Dios en la Historia, lo que debe expresarse concretamente en una dimensión evangelizadora en su propio ambiente y desde las realidades que él vive en virtud de sus compromisos en el mundo. En comunión con los Pastores, expresada en una real fidelidad hacia ellos, vive esta tarea apostólica que la asume como consecuencia de vivir a Cristo en Iglesia. Esta acción apostólica es insustituible y absolutamente necesaria para que el Evangelio penetre en el mundo y lo transforme.

Con una clara conciencia que el campo propio del laico cristiano, es "poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo", sabe que "el campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc.³⁶

Consciente de su ser y misión como laico, sabe que con otros cristianos debe compartir la identidad y misión de la Iglesia en el mundo. Con humildad, reconociendo lo que aún le falta o no lo es, y con amor a Cristo y hacia los demás, dispuesto a vivir el misterio Pascual que para él es siempre fuente de esperanza y regenerador de permanente dinamismo en la historia. Esperamos de la Escuela Católica cristianos que asumen lo apostólico no como añadidura optativa sino como expresión inseparable de la fe y de la identidad de miembro de Iglesia inserto en el mundo.

No se propicia, por cierto, un activismo. El laico asume lo apostólico en profunda comunicación con la Iglesia —comunidad de fe, oración, de caridad fraterna— pero lo hace en su campo específico de acción, que es el mundo. Debe obviarse, pues, tanto su marginación de una espiritualidad cuanto la aplicación de una espiritualidad ajena a su compromiso.

En un momento de laicización del mundo por influencias materialistas de uno y otro signo, se impone la necesidad de que los cristianos reciban una formación para vivir su espiritualidad en medio de las realidades del mundo y para consagrarlas a Cristo en virtud de su sacerdocio.

"Que el laico no huya de las realidades temporales para buscar a Dios sino persevere, presente y activo, en medio de ellas y allí encuentre al Señor;

— dé a tal presencia y actividad una inspiración de fe y un sentido de caridad cristiana;

— por la luz de la fe, descubra en esa realidad la presencia del Señor;

— en medio de su misión, a menudo conflictiva y llena de tensiones

³⁶ Evangelii Nuntiandi, 70.

para su fe, busque renovar su identidad cristiana en el contacto con la Palabra de Dios, en la intimidad con el Señor por la Eucaristía, en los Sacramentos y en oración”³⁷.

Tal espiritualidad deberá ser capaz de dar a la Iglesia y al mundo “cristianos con vocación de santidad, sólidos en su fe, seguros en la doctrina propuesta por el Magisterio auténtico, firmes y activos en la Iglesia, cimentados en una densa vida espiritual... perseverantes en el testimonio y acción evangélica, coherentes y valientes en sus compromisos temporales, constantes promotores de paz y justicia contra violencia u opresión, agudos en el discernimiento crítico de las situaciones e ideologías a la luz de las enseñanzas sociales de la Iglesia, confiados en la esperanza en el Señor”³⁸.

4.6. *Un hombre que vive su vocación cristiana buscando “ser más” bajo la acción del espíritu de Dios que lo anima a vivir las bienaventuranzas.*

En una sociedad tecnocrática, materialista —bajo uno u otro signo ideológico— y consumista que favorece el “tener más”, el cristiano debe ser capaz de dar testimonio de los valores evangélicos radicalizando su opción por Cristo y su Reino que lo hace “ser más” como persona³⁹.

Si el cristiano ha definido su dignidad y sus mayores anhelos en el “ser más”, lo ha logrado por la acción del Espíritu de Dios que construye el Reino a partir del interior de las personas. A su vez, esta acción del Espíritu supone una actitud congruente con las bienaventuranzas, en especial, con la pobreza evangélica. Quien se siente pobre ante Dios y lo busca, lo encuentra y su vida será llena de la gracia y hará maravillas en él y por él⁴⁰.

La mayor maravilla que Dios puede obrar en el hombre es hacerlo descubrir su propia identidad y vocación de cristiano. Hacer que encuentre que en su propia vida “está el tesoro escondido” digno de ser estimado sobre todos los demás valores, los que se relativizarían. Esta conciencia de su vocación maravillosa será el primer paso que el educando debe dar como sujeto de su propio desarrollo y del de los demás.

En especial debe ser un hombre que dé testimonio no sólo de su pobreza evangélica, sino también de su amor preferencial por los pobres, sociológicamente considerados. Así los cristianos contribuirán más directamente a los cambios sociales y culturales que se requieren. Irán emergiendo personalidades cristianas gestadas por nuestro Padre Dios, único maestro que distribuye carismas y vocaciones.

A Modo de Epílogo

Quisiéramos apuntar aquí, haciéndolo como simple referencia, a una materia que no nos correspondió desarrollar, pero que lo tratado exige como condición para realizarse:

³⁷ D.P. 797 y 798.

³⁸ Juan Pablo II, Alocución laicos 6. AAS LXXI, p. 216.

³⁹ Cf. D.P. 339.

⁴⁰ Cf. Lucas 1.46 - 55.

¿Sólo catequizando o además evangelizando?

Es la pregunta que nos podemos hacer al interior de nuestros colegios. Nuestros educandos, en su inmensa mayoría se declaran cristianos. Gran parte de ellos, muy posiblemente, se sintieron atraídos por el colegio, más que por buscar al Señor, por el nivel académico o por la calidad moral del ambiente o por el interés de integrarse a un grupo social determinado. "Crean" en lo que se les ha enseñado. "Practican" algunos deberes religiosos. La inmensa mayoría de los educandos pertenece a familias cristianas, de las cuales han recibido la "fe" como un legado estrechamente ligado a lo cultural. Por otra parte, en nuestros colegios está la preocupación de la enseñanza religiosa, que tratamos de dar, muchas veces, para "consolidar" o "inculcar" la fe. Enseñanza ésta, a veces, desligada del resto de las demás disciplinas y, lo que es peor, a veces también desarticulada de la vida. Así, estamos corriendo el riesgo de entregar sólo una cosmovisión y todo "un sistema de verdades y de normas" que es necesario creer y respetar pero sin buscar la conversión al Señor.

Es imperioso contar con un ambiente de comunidades cristianas dentro de la misma comunidad educativa, cuyos miembros de tal modo testimonien su experiencia de Cristo, que realmente sean evangelizadores de los demás, también con la palabra.

Debemos procurar que nuestros educandos se encuentren con Cristo y esto sea como el gran acontecimiento de sus vidas, que los inicie en una conversión sólida.

Especial referencia queremos hacer a lo que dice el documento "Escuela Católica" en el párrafo N° 43: "Es evidente que semejante orientación de la enseñanza no depende tanto de la materia o de los programas, sino principalmente de las personas que los imparten. Mucho dependerá de la capacidad de los maestros el que la enseñanza llegue a ser una escuela de fe, es decir, una transmisión del mensaje cristiano. La síntesis entre cultura y fe se realiza gracias a la armonía orgánica de fe y vida en la persona de los educadores. La nobleza de la tarea a la que han sido llamados reclama que, a imitación del único Maestro, Cristo, ellos revelen el misterio cristiano no sólo con la palabra, sino también con sus mismas actitudes y comportamiento. Se comprende así la fundamental diferencia que existe entre una escuela en la cual la enseñanza estuviera penetrada del espíritu cristiano y otra que se limitara a incluir la religión entre las otras materias escolares".

Resalta, pues, la urgente necesidad de promover una acción evangelizadora a nivel de los mismos educadores, entre ellos y por ellos, asumida como apostolado laico en el ambiente del mundo de los educadores. Se trata de dinamizar la Iglesia a través de estos educadores, para que descubran su vocación de tales como concreción de su vocación cristiana, y así lograr una Iglesia viva en nuestras escuelas católicas.

“La Tercera Fuerza”

Como Alternativa para un Psicólogo Creyente

(Entre el Freudismo y el Conductismo)

Alvaro Jiménez Cadena, S.J.

Introducción

El Psicoanálisis y el Conductismo, dos Sistemas Anti-humanos y Ateos

Sin duda ninguna, las dos corrientes más comprensivas e influyentes de la Psicología Científica actual son el Psicoanálisis Freudiano y el Conductismo Skinneriano.

El Psicoanálisis Clásico sostiene una visión del hombre esencialmente pesimista, al generalizar de los fenómenos psicopatológicos al funcionamiento del hombre normal. El Conductismo extremo llega hasta el cinismo, cuando iguala el funcionamiento del hombre con el de las ratas¹.

Para el padre del psicoanálisis, la herencia humana consiste en un manojo de instintos egoístas y animales; el conflicto entre el hombre y la sociedad es y será siempre inevitable, ya que la sociedad debe velar por el bien común, al cual se opone siempre el bien del individuo. Como la sociedad es más fuerte, el único compromiso posible es la subordinación de las gratificaciones individuales a las exigencias de la sociedad. El individuo adulto tendrá que inhibir sus impulsos sexuales y agresivos; más aún, deberá defenderse contra la conciencia angustiante de esos impulsos y aun suprimir el recuerdo de lo que pudo haber hecho o pensado cuando era niño. “La meta del psicoanálisis parece despojar al hombre de su sentido de dignidad y convencerlo de que no es superior a los demás animales”².

Por influjo del positivismo lógico y del conductismo extremo, la Psicología llegó a definirse como “la ciencia del comportamiento” y los animales se convirtieron en objeto predilecto de su estudio. Desde la óptica del Conductismo, el hombre no puede ser considerado como un ser especial entre los demás animales, ni mucho menos como el objeto único de Psicología.

Además de pesimistas y deshumanizantes, ambos sistemas son esencialmente ateos.

¹ Maddi, S. R. y Costa, P. T., *Humanism in Personology: Allport, Maslow and Murray*. Chicago: Aldine, 1972, p. 30.

² *Ibid.*, p. 3.